

RAYUELA: UNA AUTÉNTICA DECLARACIÓN DE AMOR.

Cecilia Gatica López

Tenía 19 años, cuando una edición de lo que se convertiría en mi biblia, llegó a mis manos. Mi hermano siempre fue un adelantado. Creo que heredó todos los talentos que existen. Pero también fue el culpable que esa edición de 1984 de Seix Barral cayera en una siesta eterna de verano patagónico.

No entendí nada, salvo que había una mujer, Lucía “la Maga”, que había llegado en barco a Francia con algún pretexto, quizá el de olvidar. Y un argentino, Horacio Oliveira, que también había llegado a París no sé cómo ni con qué intenciones. Pero allí estaban los dos, enamorándose y desquiciándose al mismo nivel. Hace veinte años de esto y lo recuerdo como si fuera hoy.

Francia era, por aquel entonces, el destino donde ocurría todo lo que tenga que ver con el amor y el desamor. Eso era lo que imaginábamos en nuestras veladas universitarias, sea verdad o no.

Sosteníamos, por aquel entonces, que también se necesitaba sufrir un blues, un tango, un corte y una quebrada para aterrizar en la tierra de los puentes indecibles y calles adoquinadas: rue de Seine, Pont des Arts, Rue du Sommerard, y por supuesto la Rue de Valette, donde se dio el primer encuentro físico de Horacio y Lucía, de Oliveira y la Maga, donde hacen el amor como si música improvisada fuera, en habitaciones berretas de pensiones parisinas.

Yo, era joven. Y deseaba un Oliveira en mi vida. Tenía que sufrir. Y sufrí. También me reí. Y me enamoré, pero, sobre todo, aprendí.

¿Qué no está escrito de Julio Cortázar y *Rayuela*? ¿lo queremos poeta, ensayista, perfecto hacedor de historias surrealistas? ¿lo queremos Conde, clochard?

Evidentemente, esta reseña no deja de ser una forma de compartir mi experiencia personal porque, reitero, podríamos estar horas y horas

leyendo los infinitos ensayos y escritos sobre este maestro del lenguaje.

En “*Obra Critica, Julio Cortázar*”, Jaime Alazraki nos dice que para este ser de otro planeta, novelar y teorizar sobre el instrumento expresivo constituían el anverso y reverso de una misma operación. “No hay mensaje, hay mensajes y eso es el mensaje”- escribe Cortázar en *Rayuela*- , y aunque en *Los Premios* (su primera novela, 1960) está salpicada de observaciones sobre la novela como género, habrá que esperar a *Rayuela* para que la novela se convierta en su propio comentario y la ficción se define, como un espejo, en ese relieve que hemos dado en llamar metaficción”.

Romanticismo, existencialismo y surrealismo en una sola novela que incluso puedes leer de dos formas diferentes. Una manera, sin duda, es para los metódicos; para aquellos que no pueden utilizar el pomo de la pasta de dientes si no es empujando de abajo hacia arriba, para los que caminan sin pisar las líneas de las baldosas o para aquellos que tienen que ordenar su biblioteca por orden alfabético; y la otra forma es para el “otro yo”: aquel que sea capaz de saltar como un sapito, de cuadro en cuadro, del uno al diez hasta llegar a un cielo metafísico y de pura búsqueda de lo fantástico. Al principio de la novela vas a encontrarte una especie de guía de lectura porque, como dije anteriormente, *Rayuela* puede leerse de dos formas diferentes. El libro contiene 155 capítulos, los cuales están divididos en tres partes: “Del lado de allá”, “Del lado de acá” y “De otros lados”. Si sos un osado, como creí serlo yo, debes dejarte guiar por el tablero de direcciones. Te darás cuenta con esta guía que puedes saltar del seis al 93, por ejemplo. Es la misma historia y a la vez es otra historia, porque en ella descubrirás pasajes alternos que cambiarán, sin alterar la sucesión



de hechos, la concepción de la obra. Aquí descubrirás más personajes y pequeñas acotaciones formando un collage del mismo Cortázar. Podés encontrar desde un pequeño poema de un verso, hasta una nota de periódico que transcribió Julio. Todo con el fin de enriquecer el juego. Pero si preferís menos complicaciones, solo hay que leerlo desde el primer capítulo y de forma lineal hasta el capítulo 56, donde encontrarás una marca que indica el final de la historia. Algunos cortazarianos afirman que se puede leer de una tercera forma; abrirlo y leer capítulos sueltos ya que siempre tendrá una historia que contar. Queda a criterio personal. Al fin de cuentas, es un juego. Varios son los componentes que enriquecen esta novela. Cabe destacar dentro de los personajes, a un grupo reducido de pseudo-amigos, que conforman un círculo bohemio llamado “El Club de la Serpiente” en cuyas reuniones discuten de política, de arte, de literatura y por supuesto de música. No es novedad la pasión de Julio Cortázar por el jazz y sus incursiones con la trompeta.

Y aquí me detengo. En el jazz.

El intercambio lúdico musical que tienen los personajes del Club de la Serpiente, alrededor de Bessie, Coltrane y Thelonius. Viven y conviven alrededor de nuestros protagonistas que

siendo cada uno hijo de su padre y de su madre, solo necesitan café, alcohol y algún tipo de sicotrópico para adentrarse en las discusiones más surrealistas. Mi querido Oliveira es un sabelotodo, o eso cree. Todos tenemos en nuestro entorno mas cercano al listillo que todo lo sabe, pero es adorable, lo odiamos y admiramos a la vez. Nos busca las cosquillas y nos las encuentra. Dizzy, no es más que otro “loco” entre líneas y entre copas sucias y secas de vino. Pero, sin duda, Cortázar nos deleita con su pasión por este género y también por las descripciones perfectas de calles, puentes y bares en Buenos Aires o cualquier rincón escondido de Paris cuya fotografía es una postal en blanco y negro con un poco de moho. Los cuartos en las pensiones y hoteles de *Rayuela* huelen a moho y están repletos de discos y libros. Alfombras sucias y cortinas viejas.

Siempre tuve la sensación de que cada página era un capítulo aparte. Un túnel donde no se intuye ningún final, ni luz blanca en la salida ni cartel de *Exit*. Pero que aún así, estoy a gusto. No estoy segura de querer salir y si es así, que sea para ver un concierto de una triste Berthe Trépat (una pianista venida a menos que todos adorarán) o encontrarme con Morelli y que me explique más de la vida. Porque Morelli,

en *Rayuela*, lo sabe todo, háganme caso. Este personaje, aparece en el otro lado, la opción B de leer esta novela, y es el conocedor como diría el propio Julio Cortázar, y aunque el personaje puede estar inspirado en alguien que realmente existió (Giovanni Morelli) muchos críticos afirman que es el alter ego de Cortázar, el otro yo de Oliveira, el lado más erudito disfrazado de viejo atropellado. Sin dudas, son personajes fascinantes, dignos de estudios antropológicos. Siempre me pregunté qué relación habría entre todos ellos y el entorno cercano de Julio.

¿Y qué hacemos con la Maga?

“Encontraría alguna vez a la Maga? Creo que es una hermosa manera de empezar a contar una historia. Un interrogante que te llevará de la mano a sumergirte en un laberinto de búsquedas, pérdidas, amores pasionales, abandonos, desplantes, arbitrarios encuentros y fatales desencuentros. De sexo. Drama y comedia.

Filosofía y metafísica.

No podría sacar conclusiones, ni muchísimo menos tengo la última palabra. Reconozco que no me he leído la obra completa de Julio Cortázar porque definitivamente hubo un antes y un después de *Rayuela*. Mi vida cambió, si es que un libro te puede cambiar la vida.

Hay dos tipos de lectores de esta novela, los que la han leído y los que la empezado y dejado in situ. Soy partidaria que todo libro tiene su momento, y si estás dispuesto a entender su juego, a querer embriagarte de una historia de amor que duele y a la vez te enamora, si sos de los que se arriesgan con cada lectura elegida, o si solo tenés curiosidad por saber de qué va toda esta locura, lee *Rayuela*.

Una edición de *Rayuela* de 1984 de Seix Barral reposa desde hace más de veinte años en mi mesilla de noche: una autentica declaración de amor que no caduca en el tiempo.

Cecilia Gatica López, nació en un convulsionado octubre de 1976 en la provincia de Neuquén, Patagonia Argentina. Estudió Comunicación Social en la Universidad Nacional del Comahue y participó en la producción radiofónica de diferentes programas de interés general y musicales. En otro año convulsionado para el país como lo fue el 2001, decide dejar aquel sur por el sur gaditano. Desde entonces, edita su primer poemario “Un mundo, dos orillas” junto a la escritora bonaerense Alejandra Zapata. También durante su vida en España ha colaborado en diversas revistas culturales y blogs digitales. Ha participado en festivales de poesía, como “Versalados” y compagina su trabajo con la radio que, como ella misma define, le otorga “la magia cotidiana”.